



LA CULTURA EN LOS OCHENTA

César ALONSO DE LOS RIOS

Como suele hacerse en los títulos de los trabajos en los que la amplitud de los contenidos desborda las posibilidades del espacio y/o del autor, debo aclarar que esta es una «aproximación» al tema. He elegido algunas de las cuestiones que, a mi entender, permiten una explicación global de algo tan complejo, tan propicio a la casuística, tan difícilmente discernible y acotable, tan precario conceptual y teóricamente como es la cultura. Para orillar problemas innecesarios o excesivos oriento estas páginas hacia lo que podemos entender por producción cultural, pero no tanto desde el punto de vista cuantitativo (hábitos de lectura, salas de cine, asistencia a museos, etcétera) cuanto desde los principios que han podido informar aquella, las relaciones con el Estado, con los partidos políticos, con el mercado... En realidad está por hacer una teoría de la cultura en nuestro país, lo cual puede encontrar su explicación en el desarme teórico e ideológico al que tendremos que referirnos.

Valga siquiera este pequeño ensayo aproximativo para hacer ver que una teoría crítica de la cultura no puede reducirse a la más pobre de las versiones sociologistas sobre consumo cultural, tan querida

por los políticos, que han querido encontrar en ésta una subordinación ancilar de la cultura al mismo tiempo que la reducen a las expresiones más sublimadas del quehacer humano y que, por lo mismo, no quieren entenderla en tanto en cuanto puede proporcionar medios para la transformación de la sociedad, para que los ciudadanos se reconozcan y sepan cuál es su condición y la de las comunidades de las que forman parte. Pero en este punto comenzaríamos a entrar en un terreno que se supone y que no es objeto de esta modesta aportación.

Así pues, me limitaré en estas páginas a desbrozar campo tan amplio e ignoto en solidaridad con el tratamiento que ya comenzó a hacerse en el número anterior de *Leviatán* y a la espera de otras futuras ayudas.

Uno

Al intentar describir la producción cultural en los ochenta resulta inevitable hacer unas referencias a los primeros años de la transición: concretamente es necesario recordar cómo los partidos de izquierda resolvieron sus relaciones con los profesionales de la cultura. Se trata simplemente de tener en cuenta la historia del colectivo de profesionales de la cultura sin la cual difícilmente entenderíamos sus comportamientos y ni siquiera el imaginario que aún queda en ellos hoy mismo.

Desde el punto de vista partidario, podemos decir que mientras el PCE no supo resolver su rica relación con los profesionales de la cultura al pasar a un sistema de libertades, el PSOE no pasó de ofrecerse como un buen aval para la inserción en el mercado.

La dirección del PCE llevó a cabo la liquidación de las organizaciones profesionales en los primeros años de la transición mediante una fórmula aparentemente funcional: al pasar de la agrupación pro profesiones a la territorial, se dio un golpe de muerte a la incidencia real de éstos en la vida del partido, así como en la vida política y cultural.

La dirección del partido quería tener las manos libres para tomar unas medidas presumiblemente difíciles de aceptar por parte de unos miles de personas altamente cualificadas y respetadas socialmente: se favoreció el desarme ideológico para acomodar el ritmo de la transición consensuada.

A partir de ahí se eliminó la capacidad de debate que se había dado en el interior del PCE y que se había fomentado para la confrontación con el franquismo. Ahora, cuando la dirección necesitaba las manos

libres para una adaptación al consenso, se pasó a la reserva a «las fuerzas de la cultura». Por otra parte, la producción cultural quedó abandonada al mercado.

Mal se puede explicar la desilusión de los ochenta, la adaptación acrítica a la realidad, el individualismo metódico de los intelectuales y artistas, la renuncia a los valores de solidaridad y a los trabajos de equipo... sin una explicación del proceso, esto es, de la «transición cultural».

Y sería despreciable intelectualmente el que no quisiera encontrar un paralelismo entre los valores del pragmatismo en la política y los mismos en el trabajo cultural. Toda la política de alternativas en cada uno de los campos culturales, que se había diseñado en los últimos años del franquismo, iba a quedar como pólvora mojada.

Comenzó así una adaptación al mercado en pleno desarme ideológico, y quedó casi como una pesadilla la famosa fórmula de la alianza del trabajo y la cultura. Se paso así a la racionalidad del mercado y a la consideración de la cultura por parte de los partidos —más concretamente del PSOE en los años ochenta— como un elemento de relaciones públicas. La protección ideológica que antes había tenido el mundo de la cultura fue sustituida ahora por las subvenciones y las ayudas a la producción cultural, pero aun en este punto ni siquiera las organizaciones culturales —del cine, del teatro, del libro...— han sido capaces de explicar a la Administración y a la sociedad la necesidad de la contribución del Estado a la producción cultural.

La ausencia de una teoría de la cultura explica que ni siquiera los colectivos de profesionales hayan sabido defender sus intereses. El vacío de principios se resuelve así contra los propios agentes.

En el PSOE, el proceso del desembarazo de los profesionales de la cultura había sido mucho más fácil por cuanto el colectivo socialista era más débil... Por otra parte, habida cuenta del proceso plebiscitario que se da en el partido socialista a partir de la discusión sobre el marxismo y el debilitamiento de los procedimientos democráticos en el interior del mismo y de las funciones de éste respecto al Gobierno, ¿qué otro papel podía esperarse de los colectivos culturales sino el de un apoyo genérico, al tiempo que se les ofrecía la posibilidad de la colaboración en las instituciones?

Advierto al lector, al llegar a este punto, que no me haga el mal favor de pensar que siento nostalgia de una determinada forma de organización de la cultura que se había dado —y con qué costos— en la última etapa del franquismo. Tan sólo quiero señalar esa frustración que se produce, esa forma de ser arrojados al vacío del mercado como sucedió a finales de los setenta y comienzos de los ochenta.

Con frecuencia se tiende a mitificar la llamada cultura de la resistencia. A mi entender, lo estimable fue la organización y no ya los resultados propiamente culturales, por la contribución de dignidad moral que aportó a la sociedad y a los propios intelectuales así como por el espacio que se abrió para el debate.

Por lo demás, y en tanto en cuanto la dictadura es una fuente constante de perturbaciones en todos los planos de la vida pública y en los hábitos privados, nunca puede ser objeto de nostalgia de ningún tipo. De hecho, no dejó de tener efectos perversos en las concepciones culturales de la izquierda, y las confusiones teóricas que aún pesan en el imaginario de la izquierda se deben a las malformaciones creadas en la oposición, esto es, en la mentalidad simplificadora a la que obliga una situación de ausencia de libertades y de objetivos tan reductores como son los que subordinan casi todo a una conquista política, por muy loable que sea ésta. Y que de hecho lo fue.

Debo decir ahora que una de las tareas más urgentes de la izquierda es precisamente hacer la crítica de la herencia que ella misma ha dejado a la democracia, y que se constituyó a partir de la adecuación de una serie de ideas y creencias a los objetivos políticos.

Se me preguntará: ¿por qué entonces considerar perjudicial la desaparición de las organizaciones profesionales y culturales? Porque, como he dicho, lo que importaba era el trabajo colectivo mismo y cabía pensar que, en tiempo de libertad, estas organizaciones hubieran tenido la fecundidad que era imposible en el franquismo. Incluso que a partir de ellas se reconsideraran todos los errores cometidos.

La falta de libertades explica que los demócratas llegáramos a la democracia no ya con un patrimonio cultural e ideológico precario, sino —lo que es peor— con un enorme confusionismo.

Posiblemente el lector no sepa a qué vengo refiriéndome cuando hablo del confusionismo cultural de los progresistas. Pondré algunos ejemplos: los modos de apropiación de teorías o movimientos o autores circulantes por el mundo libre se introducían o traducían a nuestro caso sacándolos de su contexto en un afán de aprovechamiento político. Así, se tomaba como modelo la autogestión yugoslava cuando aún estábamos luchando contra el verticalismo sindical, o se quería trasladar la experiencia de las comunas a una sociedad sujeta a un sistema represivo, o se leía a Reich como quien estudia al padre Astete, o se pretendía aplicar las ideas del Mayo francés o calcar salidas tercermundistas, etcétera. Todo esto «pasaba» sin discusión por cuanto se pensaba que podía resultar lesivo para el sistema. La verdad es que lo era para los propios sujetos.

Queda esta herencia, estas deformaciones que los colectivos en libertad deberían haber resuelto en una autocrítica de gran envergadura. Esta es la labor que se tenía que haber hecho en los ochenta con el poder socialista. Memoria sí, pero entre otras cosas para conseguir una teoría crítica de la sociedad que había sido imposible construir durante el franquismo y durante los años de la transición política, dada la naturaleza de emergencia y de estrés que esta lógicamente tuvo.

Cuando se habla de la pérdida de la memoria, muchas veces porque suena bien, no sólo hay que referirse a los hechos del franquismo y a los de los demócratas, sino también al cúmulo de perversiones debidas a las gentes de izquierda. Entre otras cosas, hay que recuperar la memoria de la historia de España destruida sistemáticamente por la izquierda hasta unos extremos tan antiintelectuales, tan instrumentales, que puede calificarse como la construcción de una nueva Leyenda Negra.

El oportunismo de la izquierda en la desfiguración de la historia de España fue una respuesta torpe a las desfiguraciones que hacía el franquismo, también por razones políticas. La estupidez de la izquierda fue hacer pagar a la verdad histórica la manipulación que se hacía desde el poder.

La imposibilidad de formular una teoría crítica de la sociedad llevaba constantemente al devaneo con fenómenos culturales verdaderamente extraños a nuestros problemas, ya se tratara de las corrientes contraculturales norteamericanas o de la moda de la postmodernidad.

Esta incapacidad se hizo evidente en el rescate crítico de la cultura nacional española mientras se prestigiaba la emergencia de los nacionalismos periféricos, cosa también necesaria, pero no necesariamente a costa del patrimonio común. Como dice un amigo mío, conseguimos pasar del nacionalcapotilismo al nacionalmasoquismo.

Tres

A la hora de analizar algunos de los déficits más llamativos de nuestra política cultural, como es la referida a la de la lengua española, hay que ascender a la formación de este complejo nacional. En el fondo la lengua española sigue siendo «la compañera del Imperio», pero en términos negativos, de una autocrítica absurda relacionada con la de la propia historia de España. El hecho es que no podría explicarse solamente por razones económicas el abandono de una tarea tan necesaria y tan rentable, y su reducción a algo casi simbólico —malamente simbólico— como es el Instituto Cervantes.

La política cultural, en este punto, es reveladora del concepto que han tenido nuestros gobernantes de las relaciones entre cultura y sociedad. En este punto ni siquiera ha actuado el motor de la eficacia: ello se deriva de la incapacidad para ver la operatividad de la cultura hasta en la economía de un país.

Cuatro

El desprecio por la coherencia ideológica y el gusto por la eficacia a los niveles más primarios (en realidad, el imperio del individualismo) ha tenido unos efectos monstruosos especialmente evidentes en los medios de comunicación. Me estoy refiriendo a la promiscuidad de derechas e izquierdas, progresistas y fascistas, en unos mismos medios, y me estoy refiriendo a la implicación y compromiso con la prensa de la sangre y del escándalo, así como la justificación teórica. Puestos a ser diferentes de las sociedades de nuestro entorno, la democracia española podía reclamar esta «singularidad» que, de forma tartufesca, ha querido ampararse en el diálogo, en la eficacia, incluso en el progresismo, puesto que podía resultar un arma crítica en una sociedad que venía de la censura y de la represión en todos los órdenes. Es este un hecho cultural y político verdaderamente «diferente».

Este fenómeno, nunca repudiado por el público sino todo lo contrario, encontró siempre el colaboracionismo de los conspicuos profesionales de la cultura. De este modo, a la precariedad de criterios que el progresismo traía de la dictadura se unió la confusión, en el sentido más literal, con los nuevos compañeros de viaje franquistas. La destrucción de los mínimos de coherencia que podían existir en el mercado quedaban con esto barridos del todo. Al lado de esto, la recuperación de la prensa del corazón es un hecho venial. No me extenderé más en este hecho. Tan sólo diré que es el trasunto en este campo de la exaltación de la incoherencia ideológica de los partidos y de su sentido del realismo.

Cinco

En este panorama se comprende bien la consideración de la cultura por parte de los partidos: si no existía la capacidad para favorecer una teoría crítica de la sociedad, ¿qué lugar podían conceder las Administraciones públicas y el partido socialista concretamente a la cultura? Sencillamente se fue por lo más descomprometido y por lo más coherente dentro de la incoherencia: favorecer los espacios de consumo cultural tal como llegaban de la tradición, del mercado nacional o internacional, etcétera. Se dirá que la creación de unas infraestructuras culturales, ya se trate de auditorios o de casas de la cultura autistas, al fin y al cabo queda.

sión de que la burocracia estatal está construida como una red social con el propósito principal de asegurar que nada pase cuando algo suceda.

Estas reflexiones confirman de nuevo el carácter fundamental de nuestras explicaciones: el sistema político no está para ser controlado de acuerdo a las bases del criterio moral; puede controlarse a sí mismo sólo políticamente. Pero no sólo en la forma de resentimiento personal. Por el contrario, estas precisiones plantean un panorama más complejo. Parece que el sistema político, y lo mismo se puede aplicar a otros sistemas funcionales, establece por sí mismo la extensión y la forma por las cuales permite que la moralidad se vuelva relevante. Una ética política tendría, sobre todo, que tomar en cuenta la auto-dirección del sistema. Esto aún deja lugar para algunos florecimientos morales no controlados. La gente tiende a moralizar porque el contraste moral de bueno/malo les otorga la oportunidad de colocarse del lado de los ángeles, algo que la ética también tiene que reconocer.

Todo esto, sin embargo, ha vuelto cuestionable la interconexión tradicional de moralidad y razón que suponía la integración moral de la sociedad. Esto fue una posibilidad bajo circunstancias en que existió «vigilancia santa» por lo vecinos y bajo las condiciones de aldeas tradicionales y vida pueblerina, lo mismo que en la expansión territorial de regímenes aristocráticos. Las abstracciones del concepto ilustrado de razón señalaron el final de esta forma de vida y llevaron finalmente a su propia desintegración. Ahora, los individuos en particular pueden sentirse aliviados al darse cuenta de que hoy en día nadie que mantenga un punto de vista moral puede pretender que habla por toda la sociedad.

Traducción de Jaime Ramírez Garrido

Este ensayo apareció originalmente en la revista Theory, Culture, Society. Reproducimos la versión de la revista mexicana Nexos.
